

## טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

¡No engaños de ninguna forma!

«Cuando vendan, una venta a tu prójimo, o compres de la mano de tu prójimo, no engañe un hombre a su hermano.» (Vaikrá 25:14)

Rashí explica allí: «“No engañe” — esto se refiere al engaño en cuestiones de dinero».

Más adelante (versículo 17) la Torá dice: «Y no engañe un hombre a su prójimo», sobre lo que Rashí comenta: «Aquí se advierte sobre el engaño con palabras».

De aquí aprendemos que en nuestra parashá la Torá advierte sobre dos tipos de engaño prohibidos por la Torá: fraude en asuntos de dinero (onaat mamón), y el fraude en palabras (onaat devarim).

Sin embargo, hay un detalle llamativo en el lenguaje del versículo. En el caso del engaño monetario, la Torá dice: «un hombre a su hermano» (v. 14), mientras que en el engaño verbal dice: «un hombre a su prójimo» (v. 17).

¿Por qué esta diferencia de expresión? ¿Por qué en dinero se usa la palabra «hermano», mientras que en engaño de palabras se utiliza «prójimo»?

Podemos encontrar aquí una insinuación importante.

Es frecuente que las personas sean cuidadosas y estrictas en el cumplimiento de muchas mitzvot, incluso con gran meticulosidad. Pero en asuntos relacionados con el dinero, a veces no se es tan cuidadoso. El dinero del otro es un tema muy delicado, y el hombre tiende fácilmente a justificarse, a encontrar razones para permitirse ciertas cosas, o a minimizar el daño causado al dinero ajeno.

Por eso la Torá nos da aquí un consejo implícito: cuando se trate de dinero, la persona debe examinarse a sí misma con sinceridad y preguntarse si no está siendo indulgente debido a su propio interés personal.

¿Y cuál es la prueba que propone la Torá?

Considerar al otro como si fuera su propio hermano.

Es decir, cuando se trate de pagar o de respetar el dinero del otro, la persona debe preguntarse: ¿actuaría yo de esta misma manera si el dinero perteneciera a mi propio hermano? ¿También sería indulgente o descuidado si se tratara del dinero de alguien tan cercano?

Si la respuesta es no —porque con su propio hermano jamás actuaría así— entonces, ¿cómo puede permitirse hacerlo con otra persona? Al fin y al cabo, todo el Pueblo de Israel proviene de una misma raíz, y como está escrito: «Hombres hermanos somos» (Bereshit 13:8).

Por eso la Torá utiliza aquí una expresión especial en el caso del dinero: «No engañe un hombre a su hermano». Para enseñarnos que debemos cuidar el dinero del prójimo como si fuera el dinero de nuestro propio hermano, de nuestra propia carne.

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

«Si [la situación de] tu hermano se degradare»

(Vaikrá 25:35)

Se cuenta acerca del Báal Hatania que en cierta ocasión salió a recaudar dinero para una causa importante de tzedaká. Cuando llegó a cierta ciudad, los encargados de la comunidad le aconsejaron que visitara a uno de los hombres más ricos del lugar. Sin embargo, le advirtieron que era conocido por su gran tacañería: todo aquel que le pedía una donación recibía apenas una moneda oxidada, y la mayoría de las personas, molestas, se la devolvían arrojándola de vuelta.

El Báal Hatania fue a verlo, y efectivamente recibió la misma moneda miserable que todos recibían. Pero, a diferencia de los demás, tomó la moneda con respeto, le agradeció cordialmente por su donación y lo bendijo con una sonrisa, diciéndole que mereciera tener el mérito de dar mucha tzedaká. Dicho esto, se despidió y se marchó.

Apenas el Báal Hatania había salido de la casa, la conciencia del rico comenzó a inquietarse. Pensó que quizá habría sido apropiado dar una donación más digna. De inmediato corrió tras el rabino, le pidió disculpas y añadió una suma mayor.

El Báal Hatania aceptó nuevamente el dinero con gratitud y le dio las gracias con la misma amabilidad. Pero cuando volvió a alejarse un poco, el rico pensó otra vez que su contribución todavía era insuficiente. Volvió a arrepentirse y aumentó la suma. Esto ocurrió varias veces, hasta que finalmente terminó donando todo el monto que se necesitaba.

Después explicó el Báal Hatania que aquella pequeña moneda que todos devolvían al rico estaba envuelta en una kelipá, una especie de «cáscara» espiritual, una barrera que el rico no podía superar. Pero cuando él aceptó la moneda de su mano con respeto, rompió esa barrera, y entonces el corazón del rico se abrió para dar tzedaká.

En nuestra parashá está escrito: «Si [la situación de] tu hermano se degradare y su mano flaqueare contigo, lo sostendrás» (Vaikrá 25:35). En los libros de jasidut explican este versículo de la siguiente manera:

«Si [la situación de] tu hermano se degradare» — si ves que tu hermano se ha degradado, está «bajo», es decir, que se encuentra en una caída espiritual.

«Y su mano flaqueare contigo» — entonces debes descender tú mismo hasta su nivel.

«Lo sostendrás» — y de esa manera podrás fortalecerlo.

Muchas veces nos encontramos con uno de nuestros hermanos que ha caído. Puede ser incluso nuestro compañero de estudio o alguien de nuestra propia familia: él sigue observando la Torá, pero se ha debilitado en algún aspecto.

Naturalmente queremos ayudarlo. La Torá nos enseña aquí cómo hacerlo: no comiences con reproches ni sermones sobre su debilidad o su caída. Más bien intenta comprenderlo, llegar al fondo de su situación, mostrarle que estás con él incluso en su momento más bajo.

«Lo sostendrás» — precisamente así podrás fortalecerlo y ayudarlo a levantarse y ascender nuevamente.

(Tiv Hatorá, Parashat Behar)

(Tiv Hatorá, Parashat Behar)

La precaución con el origen del dinero

Un gran filántropo, conocido por sus enormes contribuciones para sostener instituciones de Torá, fue llevado una vez por los directores de uno de esos centros a visitar al Gaón y Tzadik Rabí Zundel Kroizer, zal, autor de Or Hajamá, para recibir su bendición.

Rabí Zundel lo recibió con gran cordialidad y lo elogió por su apoyo al mundo de la Torá. El hombre, emocionado, pidió una bendición para que sus negocios siguieran prosperando y así poder aumentar aún más su ayuda a la tzedaká.

Antes de marcharse, el filántropo entregó al rabino un cheque por una suma considerable para su uso personal. Pero, para su sorpresa, Rabí Zundel se lo devolvió inmediatamente y explicó que nunca había aceptado dinero para sí mismo. Sugirió que el dinero fuera entregado a las instituciones de Torá en lugar de a él.

El donante insistió mucho, argumentando que la ayuda sería de gran beneficio para la casa del Tzadik. Finalmente, Rabí Zundel le reveló la razón de su negativa:

—En cuestiones de comida —explicó— es más fácil confiar en otro judío, pues la Torá considera creíble a una persona en asuntos de kashrut. Pero en cuestiones de dinero no encontramos esa misma presunción. Como muchas personas pueden equivocarse o justificarse en asuntos monetarios, prefiero establecer una norma para mí mismo: no aceptar dinero en absoluto, para evitar cualquier duda sobre su origen.

Por esa misma razón, Rabí Zundel acostumbraba elegir como testigos en las bodas de su familia únicamente a estudiosos de Torá, evitando a personas dedicadas al comercio, por temor a que en los negocios pudieran haberse visto implicados —aunque fuera sin intención— en cuestiones de robo, engaño monetario o intereses prohibidos, lo que los descalifica halájicamente como testigos.

La ira es una mala consejera

Un avrej, hombre recto y confiable, me contó que para ganarse la vida trabajaba como cambista, dedicado al negocio de cambio de divisas. En una ocasión fue víctima de un gran engaño y había sido estafado con una suma enorme: doscientos mil dólares.

A raíz de esta gran estafa quedó atrapado en una complicada red de deudas y negocios fallidos, que lo llevaron a una situación económica

muy difícil, hasta el punto de quedar prácticamente arruinado, D-íos nos libre.

Pero si esta desgracia no fuera suficiente, justo en esos días tan difíciles cayó sobre él un nuevo problema.

Recibió una carta urgente enviada por un antiguo amigo. Este amigo había depositado años atrás en sus manos una suma en custodia de cien mil dólares, algo común en el negocio del cambio de divisas cuando se trata de grandes cantidades de dinero. En tales casos, quien deposita el dinero suele avisar con un mes de anticipación cuando desea retirarlo, para que el comerciante pueda prepararlo.

Así ocurrió ahora: el amigo le comunicaba que necesitaba recuperar su dinero dentro de un mes.

Cuando el cambista leyó la carta, sintió que la sangre le subía a la cabeza de la ira. Pensó que seguramente su amigo había oído rumores sobre su mala situación económica y, temiendo perder su dinero, había decidido reclamarlo precisamente en ese momento. Aquello lo enfureció aún más.

—¿Acaso no confía en mí? —pensaba enfadado—. ¿Alguna vez lo he engañado? En aquellos años no existían teléfonos móviles ni correos electrónicos, y ni siquiera tenía teléfono en su pequeño negocio. La comunicación se hacía mediante cartas.

Lleno de indignación, se sentó a escribir una carta muy dura. En ella volcó todo su enojo contra su amigo por presionarlo justo en el momento de mayor dificultad. Al final incluso añadió algunas maldiciones

y duras acusaciones, declarando que nunca le perdonaría ese comportamiento. Terminada la carta, la guardó en el bolsillo para enviarla por correo. Pero cuando llegó al buzón descubrió que el sobre no estaba en su bolsillo. Buscó en todas partes sin encontrarlo.

Al día siguiente apareció la carta sobre la mesa de su tienda. Probablemente, en medio de su agitación, pensó que la había guardado en el bolsillo pero en realidad la dejó allí.

Cuando volvió a leerla al día siguiente, ya más calmado, le pareció excesivamente dura. Al fin y al cabo —pensó— su amigo solo estaba pidiendo su propio dinero.

Entonces decidió corregirla. Eliminó las expresiones más fuertes, quitó las maldiciones y suavizó el tono. Revisó el texto una y otra vez, hasta que después de siete revisiones la carta terminó siendo completamente distinta. Ahora ya no era una carta de ataque, sino una carta de petición y súplica.

Días después recibió la respuesta de su amigo. En la carta le decía que al leer su situación se había llenado de compasión por él. Explicaba que no sabía nada de su crisis económica y que solo había pensado en retirar el dinero por conveniencia. Pero ahora, al comprender su situación, renunciaba por el momento a su reclamación, pues no necesitaba el dinero urgentemente. Concluía deseándole que pronto pudiera salir de sus dificultades.

Efectivamente, gracias a ese respiro, después de algún tiempo el cambista logró recuperarse económicamente y restablecer su negocio.

Y el avrej concluyó su relato diciendo:

—¡Cuánto tengo que agradecer a Hashem que en aquellos días no existieran teléfonos móviles! Porque si hubiera tenido un teléfono en ese momento, seguro que habría llamado inmediatamente, aún lleno de ira, y habría atacado a mi amigo con palabras duras. Entonces él se habría enfurecido aún más, me habría exigido el dinero de inmediato y probablemente me habría llevado a un juicio rabínico.

»Pero gracias a la Providencia Divina olvidé la carta en la tienda y tuve tiempo de dormir una noche sobre el asunto. Mi ira se calmó, el tono de la carta cambió completamente, y de un ataque descontrolado se transformó en una súplica respetuosa que finalmente trajo alivio y permitió resolver el asunto del dinero entre dos judíos de la mejor manera posible.

